

fabulosas profusiones de la corte que la miseria misma no pudo contener? Pero, se dice, la filosofía encendió las malas pasiones con sus detestables doctrinas; corrompió las almas quitándolas el amor y el temor de Dios. La historia imparcial responderá que los filósofos encontraron las almas sin religión, que sus ataques contra el cristianismo no produjeron la irreligión, que son una manifestación del mal y no una causa. Si se quieren encontrar los maestros de irreligión, es preciso buscarlos en el trono. Luis XIV fué un príncipe muy religioso, si se atiende al clero, que no se cansaba de elogiarlo. Oigamos á hombres cuyos sentimientos no pueden ponerse en duda. En la famosa carta á Luis XIV, que se atribuye á Fenelon, se lee: "No amais á Dios, no le temeis sino con un temor de esclavo; lo que temeis es al infierno y no á Dios. Vuestra religión no consiste más que en supersticiones, en pequeñas prácticas superficiales. Todo lo subordinais á vos, como si fuérais el dios de la tierra." "Era tal su orgullo, añade *Saint-Simon*, que, á no ser por el temor del diablo que Dios le conservó, hasta en medio de sus más grandes desórdenes se habría hecho adorar y hubiera encontrado adoradores," (1). Esta es la religión de los reyes. En otra parte diremos á qué excesos de hipocresía condujo la afición de Luis XIV á las prácticas del catolicismo y qué exceso de incredulidad provocó esta religión mentida. Tan bien había enseñado el gran rey la religión con su ejemplo y su autoridad, que se hubiera dicho á su muerte que un filósofo materialista había ocupado el trono.

Á cualquier punto que dirijamos la vista encontramos en los mayores excesos de la era revolucionaria la influencia perniciosa del despotismo real. ¿Por qué la revolución, tan pura y tan santa en 89, degeneró tan rápidamente? ¿Por qué olvidó tan pronto que era un movimiento hácia la libertad? ¿Por qué abdicó sus derechos á los pies de un soldado que le dió en cambio una falsa igualdad? ¿Por qué esa tendencia funesta á sacrificar la libertad á la igualdad condujo á los delirios del socialismo? En todos esos extravíos se ve la mano del despotismo. Es el espíritu del imperio romano, la unidad, la igualdad de todas las clases, de todos los individuos, bajo la autoridad absoluta del

Estado, llámese rey, república ó emperador. Pero ¿qué es la igualdad sin la libertad? Una palabra vana que oculta la servidumbre. Pues bien; la funesta tendencia del socialismo aparece en la monarquía de Luis XIV. No es una paradoja transformar al gran rey en socialista. ¿No nos ha dicho él mismo que el rey ó el Estado es el único propietario de todas las tierras del reino, que no tienen los particulares más que la posesión, y que el príncipe puede disponer siempre de ellas á su voluntad? Luego puede asegurarse que el socialismo, todo lo más malo del socialismo, tiene su raíz en el despotismo real (1). De este modo, la monarquía absoluta, con sus excesos, sus pasiones, sus abusos, hizo más que provocar la revolución; legó también á la era revolucionaria las funestas doctrinas que conducirían á la sociedad al abismo si pudieran realizarse. Hé ahí lo que Luis XIV hizo por el bien de Francia. Sigámosle aún un momento en los campos de batalla.

§ II.—El conquistador.

El abogado *Aubry* dice, en su tratado *de los derechos del rey al imperio*, "que la posteridad distingue de un modo poco ventajoso á los príncipes débiles ó desgraciados, y, en cambio, se interesa en la reputación de los otros que han trabajado con éxito por el engrandecimiento del Estado, conservándolos con una especie de religión los títulos de *glorioso, grande, deodato, augusto y conquistador*," (2). No hubiéramos transcrito estas palabras de un oscuro escritor, si fueran la expresión de una opinión individual; pero puede decirse, en verdad, que el abogado del rey era el órgano de la nación. Este mismo pensamiento fué proclamado en la tribuna de la Asamblea constituyente por un orador, glorificado como el intérprete y el defensor de la Iglesia: "Luis XIV, dice el abate *Mauray*, es siempre *digno del nombre de grande*, puesto que ha engrandecido su país," (3). Es extraño encontrar semejante máxima en boca de un cristiano. ¿Quién no ve que tiende á justificar y á glorificar el éxito, es decir, la fuerza? ¿Quién no ve que hace consis-

(1) TOCQUEVILLE, *el Antiguo régimen*, p. 288.

(2) AUBRY, *De las justas pretensiones del rey sobre el imperio*, página 35.

(3) *Moniteur* del 21 de Junio de 1790.

(1) MARTIN, *Hist. de Francia*, t. XIV, p. 188.—SAINT-SIMON, VII, 89.

tir la grandeza, no en los sentimientos que inspiran los príncipes, sino en el hecho brutal de la victoria? Siempre han creído los hombres que había en las victorias un elemento divino; y tienen razón en el sentido de que, en los acontecimientos históricos, hay que atribuir tanta parte á Dios como á los hombres. Dios señala los límites de los imperios; á él es á quien deben las naciones su grandeza. Respecto á los príncipes, es preciso juzgarlos, no por las batallas que han ganado, ni por las conquistas que han hecho, sino segun las reglas de lo justo y de lo injusto. Si se apreciase á los reyes como lo hacen *Aubry* y *Mauray*, habría que declarar que Atila y Gengiskan son los grandes por excelencia, mientras que la conciencia humana no les concede más que el título de azotes de Dios.

No preguntaremos si Luis XIV ha tenido por fin de sus incesantes guerras el interés, la gloria, la grandeza de Francia: sabemos que estaba animado por el sentimiento más personal, el egoísmo, el orgullo. Tratamos únicamente de saber si el poder absoluto en manos de un rey es, como aún se pretende en el siglo XIX, el mejor régimen, puesto que confunde los intereses de la nación con los del príncipe á quien confía todas sus fuerzas. De antemano sabemos que este sofisma es lo contrario de la verdad, y esta lección da Luis XIV á los pueblos. ¿Cuál fué la constante preocupación de su política y de sus guerras? La sucesión de España. Al ambicionar la herencia de Carlos V, ¿pensó en la grandeza de Francia? Los tratados de reparto que asignaban á Francia una parte en los despojos de la monarquía española no fueron nunca para él más que un último recurso; su proyecto favorito era colocar á su nieto en el trono de España. Fué, pues, por un interés de familia, por su vanidad de príncipe, por lo que sumió á Francia en una guerra de doce años.

¿Hay que recordar los sufrimientos de la nación, reducida á la última extremidad por la guerra, los impuestos y el hambre? En una carta de *Fenelon* al duque de Chevreuse se lee: "Mientras el despotismo nada en la abundancia, obra con más prontitud y eficacia que ningun gobierno moderado; pero cuando se aniquila y pierde el crédito, cae de repente sin recurso. No obraba más que por pura autoridad; faltándole el resorte, no puede más que acabar de hacer morir de hambre á un

populacho medio muerto," (1). ¿Salieron mejor librados de ese régimen la gloria de Francia, la vanidad misma del rey que el pueblo? Hemos dicho con qué vergonzosas condiciones estaba dispuesto Luis XIV á firmar la paz: "Hé aquí, dice *Saint-Simon*, adónde condujeron la ceguedad en las elecciones, el orgullo de hacerlo todo, el prurito de elegir capitanes tales que no pudiera atribuirseles nada; en fin, toda esa deplorable manera de gobernar que precipitó en el más evidente peligro de una completa pérdida á aquel dueño de la paz y de la guerra, á aquel distribuidor de coronas, á aquel conquistador en grande por excelencia, á aquel hombre inmortal, por quien se agotaba el mármol y el bronce y para quien escaseaba el incienso," (2).

Es cierto que esos males fueron pasajeros y que, en definitiva, Luis XIV engrandeció la Francia. ¿Habría, pues, que ensalzarle con el abate *Mauray*? Esto sería colocarse bajo el punto de vista que los políticos de baja estofa, que estiman la grandeza de una nación segun el número de almas y las leguas cuadradas. Cuando este engrandecimiento es fruto de la violencia y de la injusticia, lejos de dar más autoridad, se convierte en un elemento de debilidad, porque excita una desconfianza universal. Los Franceses mismos lo confiesan hoy, al ménos aquellos á quienes no ciega la vana gloria de las armas: "La política extranjera de Luis XIV, dice *Mr. Remusat*, inspirada siempre por una personalidad altiva, ha causado al nombre francés un mal de que ha sufrido mucho tiempo nuestro país y que aún sufriría si despues no hubiera tenido otras faltas que expiar," (3). Puesto que los excesos de la fuerza comprometen hasta la grandeza material de los Estados, ¿no sería mejor atenerse á la política del derecho, á la política que se inspira en lo justo y lo injusto? Esta fué la opinión de un contemporáneo de Luis XIV, á quien el gran rey trató de espíritu quimérico, pero al que la posteridad dará razón algun día contra el conquistador. Escuchemos á *Fenelon*.

Durante el año 1693, Luis XIV recibió una carta anónima (4). No era de un enemigo del gran

(1) *Hist. de Fenelon*, por monseñor de BAUSSET, t. III, p. 321 y siguientes.

(2) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. VIII, p. 105.

(3) REMUSAT, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1859, tomo VI, página 654.

(4) FENELON, *Obras*, t. V, p. 182 (edic. Lefèvre).

rey; las protestas de adhesión con que principian son demasiado nobles y sencillas para no ser sinceras. Se atribuye á Fenelon. Esto es dudoso (1), pero es positivo que los sentimientos que expresa la carta son los mismos que los del ilustre arzobispo: "Se ha hecho odioso vuestro nombre, dice el autor, y toda la nación francesa insostenible á todos nuestros vecinos. No se ha conservado ninguno de los antiguos aliados, porque no se han querido más que esclavos. Desde hace veinte años se han causado guerras sangrientas. Por ejemplo, señor, se hizo emprender á Vuestra Majestad la guerra de Holanda por vuestro capricho y para castigar á los Holandeses, que se habían burlado un poco. Cito en particular esta guerra, porque ha sido el origen de todas las demás. No ha tenido por fundamento más que un motivo de venganza, lo que no puede hacer nunca que una guerra sea justa; de donde se deduce que todas las fronteras que habeis conquistado con esta guerra son adquiridas injustamente desde su origen." Los tratados, continúa el autor, no legitiman las conquistas, porque están firmados bajo el imperio de la fuerza. Esto está conforme con la doctrina de Fenelon. El autor reproduce también los sentimientos que Fenelon expone en el *Exámen de conciencia* acerca de la injusticia de los pretextos con que se quiere justificar las conquistas. Hace ver en seguida que las ligas formadas contra Luis XIV tienen su fundamento en su espíritu de dominación, siendo incompatible la libertad de las naciones cristianas con las pretensiones á la monarquía universal: "Después de esta guerra de Holanda, habeis querido siempre hacer la paz como señor é imponer las condiciones, en vez de fijarlas con equidad y moderación. Hé aquí la causa de que la paz no sea durable. Vuestros enemigos, vergonzosamente abrumados, no han pensado más que en levantarse y unirse contra vos. ¿Qué hay que extrañar en esto? Aún aquellos mismos que no se han atrevido á declararse resueltamente esperan al menos con impaciencia vuestra decadencia y vuestra humillación,

(1) En una carta original al duque de Borgoña, FENELON, aunque desaprobando el espíritu de conquista, aconsejaba, sin embargo, no abandonar las conquistas hechas por Luis XIV, como lo hace el autor de la carta de 1693 (monseñor de BAUSSET *Hist. de Fenelon*, t. III, p. 159, 173).

como el único recurso que queda para alcanzar la libertad y el reposo de todas las naciones cristianas. Los aliados no esperan tener seguridad con vos más que reduciéndoos á la impotencia de hacer daño." El autor termina por aconsejar á Luis XIV que restituya las conquistas que ha hecho por medio de las injustas guerras que ha emprendido.

Los historiadores franceses reprueban naturalmente la carta de Fenelon en nombre de las fronteras naturales de Francia; se indignan casi de que un Frances haya querido que Luis XIV devolviese á España las provincias, francesas por la lengua, por el origen y por el territorio, que los caprichosos accidentes de la herencia habían dado á la Casa de Austria (1). Si el gran rey no hubiese llamado á Fenelon el espíritu más quimérico de su reino, lo hubieran hecho los historiadores. Hay efectivamente gran candidez en aconsejar á un rey conquistador que abandone sus conquistas. ¿Quiere esto decir que las conquistas sean legítimas, solamente porque aseguran lo que se llama las *fronteras naturales*? Hablar de la *naturaleza* es hablar de Dios. ¿Quién, pues, ha revelado á las naciones los límites que Dios ha puesto á su poder? Y aún admitiendo que tengan conocimiento de los designios divinos, ¿les ha revelado también Dios que deben procurar su realización, su ejecución, por medio de la violencia, la injusticia y el desprecio de la fe jurada? Porque el fin sea santo, ¿habrán de santificarse las piraterías de las cámaras de reunión? ¡Singular contradicción del espíritu humano! Esos mismos escritores que celebran á Luis XIV porque ha engrandecido á Francia por medio de la fuerza, le condenan severamente porque ha empleado la fuerza para restablecer la unidad de la fe. Pero á los ojos del rey, como á los de toda la Iglesia, este era también un santo fin, y todos los medios para alcanzarlo parecían legítimos. Es preciso, pues, desconfiar de doctrina tan cómoda que aprueba los medios cuando el fin parece justo. En moral se la llama *jesuitismo*, y la conciencia humana la ha condenado; en política se la llama *maquiavelismo*, y este nombre es casi tan odioso como el primero.

(1) MARTIN, *Hist. de Francia*, t. XIV, p. 188 y siguientes.

LIBRO SEGUNDO.

EL SIGLO XVIII.

CAPÍTULO PRIMERO.

CONSIDERACIONES GENERALES.

§ I — La política del siglo XVIII.

I.

La primera mitad del siglo XVIII, desde la muerte de Luis XIV, forma singular contraste con el reinado del gran rey. Le hemos negado la grandeza moral y hasta la grandeza política; pero al menos tenía una insaciable ambición, y durante muchos años la victoria favoreció sus designios, hasta tal punto que, asustada Europa, temía realizarse la monarquía universal. De aquí ligas sin cesar renacientes contra Francia, hasta que el anciano rey humillado se vió reducido á implorar la paz de sus enemigos irritados. El espectáculo es imponente, porque se trata de los más graves intereses de la humanidad, la libertad y la independencia de las naciones. Cuando muere Luis XIV, la escena cambia. Ya no hay poder preponderante, ya no se habla de monarquía universal. No escasean las alianzas, pero se diría que no tienen objeto: tan mudables y contradictorias son. El espíritu se cansa y se fastidia en seguir negociaciones que á nada conducen, puesto que las ligas que establecen se

rompen en cuanto están formadas. Sin embargo, por insípida que parezca la política de las grandes potencias, ofrece útiles enseñanzas. En el fondo es siempre la política de Luis XIV, el despotismo en el interior y la fuerza en las relaciones internacionales. El desprecio del derecho parece más brutal aún, porque no tiene el prestigio que le prestaban las grandes apariencias de Luis XIV. Cuanto más brutal sea la fuerza, más enseñará á los pueblos que no hay más que el derecho para proteger su libertad y garantizar su independencia.

Francia se hallaba debilitada por las guerras ruinosas de Luis XIV, por una menor edad y principalmente por la decadencia moral que, partiendo del trono, invadía toda la nación. Sufría el castigo de su unidad excesiva, de su culto por la monarquía: guerrera y ambiciosa bajo Luis XIV, diríase que su valor y su genio militar fueron sepultados en la tumba del gran rey, convirtiéndose en débil, afeminada é impotente bajo el más despreciable de los príncipes. Aunque el territorio de Francia se haya aumentado con la Lorena, no hay época más vergonzosa en su historia que la del lar-